

Curvaturas

Ricardo Rodulfo

Curvaturas

Ensayos psicoanalíticos

 **Lugar**
Editorial

Rodulfo, Ricardo

Curvaturas : ensayos psicoanalíticos / Ricardo Rodulfo. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2016.

120 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-892-526-8

1. Psicoanálisis. I. Título.

CDD 150.195

Edición y corrección: Mónica Erlich

Diseño de tapa: Silvia Suárez

© Ricardo Rodulfo

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN 978-950-892-526-8

© 2016 Lugar Editorial S. A.

Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires

Tel/Fax: (54-11) 4921-5174 / (54-11) 4924-1555

E-mail: lugar@lugareditorial.com.ar / info@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

facebook.com/lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Introducción

El ramillete de pequeños ensayos que presento en este libro, se abre en varias direcciones que, sin embargo, apuntan al mismo objetivo, la creación de una actitud de renovación respecto de los hábitos de escritura y de los hábitos de pensamiento y, por ende, de los hábitos de vocabulario y de formato del psicoanálisis clásico; eso entendiendo por psicoanálisis clásico un psicoanálisis que en rigor no existe y probablemente nunca existió, salvo como criatura o engendro de ficción. Lo cual, por otra parte, quizás sea el caso para todo el paradigma de los “clásicos”.

Pero con la fuerza que da ese no-existir ese psicoanálisis regenteó con firmeza dogmática los destinos clínicos y teóricos del pensamiento y de la práctica en esta disciplina, disciplinando a sus miembros para que anduvieran en línea, a favor de una supuesta frontera inviolable del psicoanálisis, imaginado sin deuda y sin huella del paso de otros pensares y de otros pesares.

Por esta vía, los sistemas institucionales de reproducción del psicoanálisis organizaron y montaron una red de criterios de reconocimiento –basada en la cristalización terminológica– que con el tiempo y su correr funcionaría atacando la agencia productora en el sentido que le hizo hablar a Derrida de “enfermedad autoinmune”. No pocas intervenciones o “actin gs outs” de Freud ya lo muestran

trabajando en aquella funesta dirección: entre proteger y cuidar la integridad del Nombre del Padre y proteger y cuidar la extraña singularidad de este emergente carente de identidad convencional. El psicoanálisis, Freud no pocas veces eligió la primera opción, aun yendo contra su propia insistencia en pensar y pensar en serio y a fondo.

Desatar lo que nunca supo andar en línea recta, reencontrar el tono y el color de la curvatura de eso es de lo que aquí se trata. Para ello hace falta pensar en pulsaciones sin pulsión, en un Edipo desedipizado, en prácticas autistas sin autismo. En una psicopatología libre de estructuras formalizantes... Como si la propuesta fuera una desontologización que deje levantar vuelo a las palabras a las que recurrimos, confiándoles imprecisas melodías o esbozos rítmicos de motivos temáticos que nos asedian y merodean hasta en nuestros sueños...

Lo que la repetición no desgasta lo consagra.

Y el psicoanálisis se consagra y consagra la repetición, casi compulsivamente, pero siempre en juego, con esa pequeña diferencia que siempre se da a leer y a ver entre un juego y una repetición enfermiza. Y se consagra a curarla, en lo que se puede.

Sería posible imaginar que lo que el psicoanálisis propiamente pone de relieve, desnuda, es no tanto la repetición como lo que en el extremo hace que la repetición repita lo irrepitable, como cuando Freud señala la peculiaridad de esas neurosis que llama de destino, donde la compulsión repetitiva toca ese colmo de repetir lo que parecería ingenuamente puro azar, vale decir, algo exento en principio de todo principio, de toda tendencia que pudiera considerarse "última". Una repetición que carece de principios y que por lo mismo no requiere su remisión a

pulsión o instinto alguno. Como que le es ajena cualquier finalidad. Pero que juega, hasta ese cabo en que el juego deviene inquietante, cuando no endemoniado. Fue un mérito de Freud enlazar de entrada el jugar a dimensiones no humanísticas, o por lo menos no solo.

Ningún director de teatro o de cine que se precie se contentaría con una versión “arqueológica”, pseudohistórica, de Edipo según Sófocles; cada uno a su propia manera, la de Barthis, la de Caetano, intentará ensayar su propia aventura. Lo mismo puede decirse del actor –por ejemplo, Ricardo Darín– a quien le tocara encarnar el personaje al que debe liberar de más de una tradición bienpensante. El psicoanalista haría bien en imitar esta movida, quitándole el polvo al Edipo de la IPA o de la EOL, fuertemente acartonado. Solo accedería a pensar en la figura griega si lo hace desde su clínica siglo XXI. En ella es plausible que haya figuras de lo edípico cuyos rasgos sean nuevos, inéditos, respecto del tirano de Tebas, contrariando mucho y en mucho el formato del cliché tan apelado por Freud. E incluso del Edipo de Foucault.

En la pluralidad de la clínica cualquier unidad de carácter ligada al nombre de Edipo se deshace rápidamente, desembocando en la diversidad. Por ejemplo, niños cuyas aventuras y desventuras incestuosas los condujeron a inhibiciones del aprendizaje y niños cuya pasión devoradora por saber se nutre de aquellas pasiones supuestamente prohibidas. Pequeños déspotas llenos de caprichos y agrandados sobreadaptados, perfil este desconocido en la Antigüedad. Ambiciosos hiperresponsables, tipo *yuppies*, en contraste con vagos admiradores de Peter Pan en quienes parece haber precluído la inscripción del trabajo como dimensión ineludible de la vida adulta.

En medio de todo esto vuelve a plantearse la pregunta: ¿qué quiere el incestuoso, adónde apunta su deseo y, sobre todo, su desear? ¿Qué desea el incesto que no es exactamente el incesto como tal? ¿Es suficiente con invocar el trono, el poder del cetro fálico, como demasiado lugar común? Por lo pronto, el antiguo Edipo de referencia quiere vagabundear, y ese deseo es precisamente contrariado por la realización del deseo incestuoso. El nomadismo es un rasgo no edípico de Edipo. Pero Edipo ¿es todo él edípico?

De donde planteo, resulta que toda esta diversidad quita apoyo a las determinaciones que tan generosamente se le prestan o regalan al motivo del Edipo o del Complejo de Edipo desde siempre y sin mayores pruebas por parte del psicoanálisis.

Un ejemplo más del efecto autoinmune, ya que el psicoanálisis ha brillado ante todo desarmando derivaciones y causalidades imaginadas, más que proponiendo las suyas propias, no siempre con los debidos recaudos y prudencias de método...

De lo que se desprende la importancia, la necesidad, de volver a la caída de la torre, a despreservar el famoso "edificio teórico" tan celosamente custodiado por algunos practicantes y cultores de nuestra disciplina.

Mejor, para eso, volver a las montañas, como lo quería Nietzsche.

Capítulo I

Curvaturas¹

La curva es sensual.

La niña dibuja un animal y solicita del analista otro tanto. Se trata de una especie de juego comparativo en el marco de ese jugar a la escuela, típico de cierta edad y bastante específico como juego de género. El animal que intenta él se caracteriza por trazos tipo monigote. Ella los califica con una nota bastante baja, aunque más de la que el dibujo merecería ya que la niña procura, en general, ser amable. A continuación ensaya una pequeña clase. Destaca el carácter excesivamente geométrico de lo que su analista esbozó –demasiado convencido a priori de su escasa capacidad para esas cosas como para esforzarse un poco–, la rigidez en que incurre el trazo, las quebraduras que por ella se producen en el contorno de la silueta. Lo hace en un tono exento de ferocidad crítica, antes bien en un tono de quien se propone ayudar y hacer pensar. Le muestra la diferencia que implica el dibujo basado en curvaturas suaves y flexibles, la mayor riqueza que de esa disposición de la mano resulta. Traduciendo un poco sus palabras, se insinúa una musicalidad de lo que procede curvándose, su no binarismo a favor de una política de diferencias no oposicionales que, por el contrario, organizan el dibujo

1 Mi agradecimiento a la pacientita cuya creatividad inspiró este texto.

que ha cortado camino por lo geométrico, alejándose del mamarracho originario: trazo grueso/trazo fino, trazo largo/trazo corto. Por ejemplo, compara una pata de caballo resuelta con una recta y con otra que discurre con leves ondulaciones que rescatan mejor la textura de un miembro, su tensión dinámica, su temblor de músculo. Enuncia con mucha claridad que el esquemático carece de vida, que en cambio late en el otro pese a las imperfecciones técnicas (la niña tiene talentos mayores que el de la plástica).

El analista, inmediatamente recuerda los dibujos de un paciente autista que resueltamente tomaban partido por lo euclidiano y, a pesar de su afición a las figuras de giro, las resolvía trazando círculos perfectamente circulares; de esa manera, lo recto retornaba en el seno de lo que hubiera podido ser redondeado, amablemente ovoide como un abrazo bien abrazado. La irregularidad de un redondel es más diferente de lo que parece de la rectitud del círculo: cuando un chico confecciona una forma de huevo, si vuelve a pasar por allí no pasará exactamente sobre el primer trazo que dibujó, como sí lo hace el círculo, que el autista ejecuta a mano con la seguridad de quien empuñara un compás. En el garabato, es una ley la de no volver a pasar de la misma manera por el mismo sitio y eso se prolonga en dibujos ulteriores, como en el caballo que diseña la paciente, donde abundan trazos mínimos *casi* superpuestos, nunca superpuestos. Los segmentos hechos por su analista, en cambio, se disparaban y recorrían su trayecto de una vez y para siempre. Aquel paciente autista, de edad similar, hacía figuras de ventiladores y ruedas de autos perfectamente inanimadas. Jamás intentaba figuras humanas o animales, pero no residía allí

la inanimación residía en la glacial rigidez del trazo y en la ausencia de cualquier nota de color. Cuando este paciente dio varios pasos en su curación se dedicó a una serie de juegos donde el mamarracho adquiriría una estatura catastrófica: tornados, terremotos, tsunamis –no dibujados trazados con una gran mezcla de juguetes– donde lo animado emergía con una intensidad extremadamente persecutoria, vida amenazando la vida. Pero así rompía su exilio en un orden geométrico ajeno a lo humano. Eran esos sus primeros garabatos.

El abrazo autista también es geométrico, el cuerpo vuelto una dura tabla. Un ballet de este estilo sería un ballet mecánico; no un clon propio de un mundo cuántico, digital: un autómatas grotesco bien plasmado en cierta rítmica de Prokofiev (escúchese *Háry János* que interpretaríamos en el sentido de una mueca burlona que parodia el stalinismo sin renunciar a lo endemoniado del espíritu eslavo. Sin llegar a los extremos del autismo, trastornos precoces en la integración del cuerpo redundan en actitudes de fondo fóbico –pero no la inocente fobia al elemento fóbigeno, avión, perro o ascensor– sino fobia a lo más propio del movimiento del cuerpo propio rechazado como propio, rechazado en lo propio del movimiento propio que hace a lo vivo del cuerpo. Son personas que no se sienten en el baile, o en el deporte, o en los accesos del amor, infundidos de imperceptibles rigideces que alcanzan o no también a su pensamiento; frecuentemente torpes, lidian con la inflexibilidad de lo flexible en ellas, embarazadas con los afectos intensos, incómodas con los climas relajados, tensas sin contenidos o situaciones específicas de tensión. Hay una paz de la curva que nunca las habita.

Índice

Introducción	5
Capítulo I. Curvaturas.....	9
Capítulo II. Pulsar punzar puntuar	17
Capítulo III. Obsesividad, obsesionalidad.....	35
Capítulo IV. Edipo-no-Uno.....	51
Capítulo V. La torre en guardia.....	107
Bibliografía	115